

PSOE

y a Comisiones Obreras. Y sale por los altavoces, junto a la voz de Redondo, la de un argentino ignoto. Luego el altavoz canta o pita, según sea el estilo preferido del lector. En cualquier momento va a salir el jersey de Camacho. Al tercer o cuarto intento, Redondo logra redondear su frase: "UGT jamás ha jugado al catastrofismo".

Eso que llaman un discurso de estadista

Felipe habla cincuenta minutos. Le habrían escuchado horas. Ni una sola vez pronuncia la palabra "marxismo" y sí muchas y repetidas veces las palabras "libertad" y "democracia".

Su discurso es amplio, y entusiasmo. Es eso que llaman un discurso de estadista.

Piropea a los vencidos entre aplausos.

Además de crear una dinámica de cambio, el PSOE tiene que garantizar la libertad y la democracia. Hay que luchar contra el paro y contra la violencia y condena todo tipo de terrorismo con energía. Habla a quienes están en la sala y a quienes le oyen por radio desde sus casas. UCD, dice, no es una organización de cuadros, sino una asociación de intereses. La organización de cuadros, por excelencia, es el leninismo. Y de cuadros y masas es el partido socialdemócrata sueco, que moviliza a dos millones de personas en un país de ocho millones. Analiza la política internacional y la española. Hay en España dos organizaciones políticas y dos organizaciones sindicales dentro de la izquierda. Tenemos la hegemonía política, pero todavía no la sindical. Respetaremos los pactos municipales. Estamos dispuestos al compromiso. "A estrategias comunes no estamos dispuestos". Termina a las dos y veinticinco, hora histórica. Una y veinticinco, hora renovada. ■ V. M. R. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.



Nicolás Redondo y Felipe González: hay que marcar bien las distancias con el PCE.

LA COARTADA DEL MARXISMO

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

CON una gran visión política, un conjunto de firmas derechistas aconsejaban, el mismo día que se iniciaba el Congreso Extraordinario, desde el diario "ABC", a los delegados socialistas sobre la conveniencia de mantener el marxismo en su declaración política. En efecto, el colectivo PUBLIUS señalaba el pasado viernes: "Hoy, en el PSOE, una renuncia formal al utopismo de la izquierda no tendría otro efecto que el otorgamiento de una prima gratuita a los comunistas, que se apresurarian, como ya hicieron en Italia, a ocupar el vacío producido por sus principales competidores. En cierto modo, algún grado de definición ideológica del PSOE constituye hoy por hoy una necesidad estratégica para el socialismo español y para el país en su conjunto".

Poco más de veinticuatro ho-

ras después, el citado Congreso aprobaba una ponencia política sumamente radical, marxista, de izquierdas — bastante próxima a la declaración del Partido Comunista —, suscribible por cualquier militante de no importa qué grupo político o sindical de carácter popular. La asunción del marxismo y la defensa del proyecto socialista eran los dos ejes de un documento que si bien no recogía la anterior definición marxista del PSOE estaba literalmente impregnada de terminología marxista. El defenestrado Carlos Marx del anterior Congreso en el Palacio de Exposiciones volvía a recuperar su silla en la sala del hotel Mellá Castilla, apoyado por quienes con anterioridad le habían expulsado.

Consecuentemente con esta incoherencia, Felipe González, que en mayo abrió una grave crisis por no aceptar una ponencia

igual a la ahora aprobada, no veía en esta ocasión ningún inconveniente político o problema ético para acceder a la secretaría general del Partido en base a un texto desbordante de contenido marxista. Lo mismo ocurría con la mayoría de sus compañeros de dirección, que hicieron causa común entonces con él desde la misma Ejecutiva o desde otras posiciones de poder. Con la particularidad, además, de que todos vetaron una dirección de síntesis en la que estuviesen proporcionalmente representados quienes en mayo defendieron a Marx.

Una definición no marxista, una ponencia político-ideológica marxista, una línea estratégica ambigua e imprecisa y una dirección hegemónicamente socialdemócrata son el balance de esta "sorprendente" reunión. Así, las incoherencias, contradicciones y paradojas de mayo

se elevaban al cubo en septiembre, donde nadie entiende por qué Marx era un obstáculo en la primavera y es un comodín en otoño. Con lo que el marxismo empieza a ser en el seno del socialismo como un laberinto en el que es sumamente fácil perderse. Porque a primera vista parece que ha ganado Marx y ha vencido Felipe sin que haya ninguna contradicción en estas dos victorias simultáneas que tan antagónicas eran hace tan sólo un trimestre. Y para remate de todos estos despropósitos, los medios de comunicación, que habían puesto el grito en el cielo por la ponencia marxista de mayo, aplaudían la ponencia marxista de septiembre, a la vez que únicamente resaltaban el abandono de la definición marxista. ¿Por qué la historia de entonces y la prudencia de ahora? ¿Acaso la derecha, que controla casi todos los medios de expresión, ha superado en este verano su analfabeto temor al marxismo?

El fantasma de Guy Mollet

La clave de estas incoherencias radica en que Marx ha ga-

nado en la ponencia, pero no en la estrategia ni en la composición de la nueva Ejecutiva. En estos dos órdenes ha sido tan derrotado como antes. De hecho, a juzgar por las conclusiones de este Congreso, el PSOE mantiene una teoría marxista, pero se inclina por una práctica no marxista. Con lo que desentrañar y analizar lo que está ocurriendo en este laberinto empieza a ser ya labor de artesanía, dado el interés camuflador de unos y otros por parecer lo que no son.

De antemano, hay que resaltar, una vez más, la enorme habilidad e inteligencia política que caracteriza al núcleo de Felipe González para "sorprender" a sus adversarios. De ahí que este sector no se presentase arropado por una ponencia abiertamente socialdemócrata, como la conocida por las cincuenta y nueve tesis, sino que adoptase los textos más radicales si hacemos excepción de los documentos de los marxistas. Acusados de derechistas, necesitaban una ponencia política de izquierdas como cobertura de una dirección y de una estrategia no de izquierda. La experiencia de los cuatro meses intermedios entre uno y otro Congreso, además, aconsejaba refrenar el

impulso no marxista de mayo. El desarrollo del debate, a pesar de una Comisión Gestora que en más de una ocasión ha sentido tentaciones depuradoras, y el resultado global de las elecciones para delegados del Congreso, a pesar de un sistema electoral mayoritario, les permitió constatar que una buena parte de la base se inclinaba por los planteamientos de los marxistas u optaban por no pronunciarse metiéndose en ese cajón de sastre que era la llamada tercera vía.

Todo señalaba la necesidad de ceder lastre en la polémica ideológica y reservar la inflexibilidad en el control orgánico y político de la organización. Al final era evidente también como los marxistas centraban su interés en la consecución de puestos dirigentes, conscientes de la inutilidad de una declaración ideológica que no se sustentase sobre una determinada estructura de poder político. Así, en las mismas vísperas del Congreso, el marxismo no era ya más que una coartada idónea para realizar tal o cual jugada política. El fantasma de Guy Mollet, unos principios ideológicos de izquierda y una praxis de derecha rondaban los salones del hotel Meliá Castilla.

Los aspirantes a domar un inexistente caballo de Pavía

Bien pronto se vio que esta "sorprendente" síntesis ideológica, conseguida gracias a la súbita generosidad de los no marxistas, se detuvo en el dominio de la teoría. El rechazo de una propuesta marxista para buscar "un entendimiento con la izquierda" y la derrota de otra proposición que exigía la convocatoria de un Congreso Extraordinario, como medida previa para entrar en cualquier Gobierno de coalición, dejaban bastante claro el valor político, real, de la ponencia marxista aprobada pocas horas antes.

La autorización para formar coaliciones "ante eventos de extrema gravedad para la perduración del sistema democrático", que no se detallaban ni precisaban, quedaba así en manos de Felipe González y su núcleo; a la vez que la posibilidad de ir hacia una mayor unidad con otras fuerzas populares y de izquierda quedaba congelada en su actual nivel municipal en virtud de la votación contraria a buscar ese mayor entendimiento en el bloque de la izquierda. Esta resolución, que es la verdadera clave política del Congreso, consagra oficialmente la aspiración de estos domadores de un inexistente caballo de Pavía. Tanto la intervención final de Felipe González como la resolución estratégica, así como la "boutade" inoportuna e injusta de Alfonso Guerra hacia Adolfo Suárez, giró en torno a la eventualidad de una posible entrada socialista en el Gobierno para defender la democracia. Porque el caballo de Pavía puede al final llevar a Felipe González a la Moncloa en vez de conducir al golpista de turno histórico al palacio de las Cortes.

Este afán domador, envuelto en intervenciones brillantemente repletas de metáforas izquierdistas contra el presidente del Gobierno, da la sensación de no ser más que una justificación ideológica para una práctica política no precisamente de izquierdas. Porque la posibilidad del Gobierno de coalición ante un real peligro puede ser tan inútil y contraproducente — desde un ángulo democrático, por-

Gómez Llorente y Jesús Pietro. Llorente rehusó entrar en la nueva Ejecutiva.



que agudizaría la amenaza—, como esta misma posibilidad ante un inexistente peligro, desde los intereses de la izquierda, porque ayudaría a la consolidación del poder de la derecha. Y es que esta hipótesis de gabinete de coalición puede ser tanto una fórmula defensiva como ofensiva para la derecha; depende de que quiera combatir al fascismo o a las fuerzas populares, obreras y de izquierda.

Sin el aval marxista

De ahí que la personalidad marxista más relevante del PSOE, la única con prestigio y solvencia intelectual capaz de proporcionar el aval marxista a la inteligente jugada del núcleo de Felipe González, se haya negado a formar parte de la dirección, a pesar de haber sido literalmente cercado y presionado por los emisarios del secretario general y por el propio Felipe González (en la noche del sábado al domingo). Con su negativa, Luis Gómez Llorente deja tocada de ala la coartada marxista que tan brillantemente han manejado los partidarios del principal líder del PSOE. Porque la "sorpresa" de una ponencia de izquierda se diluía ante el firme rechazo de quien hoy únicamente en el socialismo español puede dar un certificado de izquierda.

Ni la presencia de Raimon Obiols, perdida en un abanico de funcionarios burocráticos o ayudantes de Felipe González, puede compensar mínimamente esta importante ausencia. Máxime cuando en la nueva dirección entran socialdemócratas tan destacados como el sociólogo José María Maravall, el político Gregorio Peces-Barba o uno de los redactores de las cincuenta y nueve tesis, Joaquín Almunia. El reforzamiento de los viejos socialdemócratas, anteriores al "camino de Damasco" de Felipe González, es la característica más relevante de esta nueva Ejecutiva; independientemente de los numerosos problemas personales que han surgido entre los distintos aspirantes, pero que carecen de cualquier relieve político.

Es este, con toda seguridad, el principal dato político de la reunión, puesto que la capacidad de síntesis del sector de Felipe González se perdió a la hora de confeccionar la lista, como ya se había perdido a la hora de discutir, como señalábamos, antes, la política de alianzas. Porque ceder un puesto de entre veinticuatro a los marxistas, cuando los socialdemócratas irrumpen de lleno, entrañaba más bien una voluntad de disgregar el bloque de los marxistas que el deseo de integrar a todas las corrientes ideológicas del partido. Así, el mismo Congreso, que aprobaba una ponencia política marxista, elegía una Ejecutiva de clara hegemonía y predominio socialdemócrata.

Cuatro consecuencias externas

De toda esta ceremonia de la confusión pueden extraerse algunas primeras consecuencias políticas de carácter general y externo. Al fin y al cabo, un Congreso del primer partido de la oposición exige una mínima referencia a su proyección exterior e impide limitar el análisis a sus dimensiones internas. Porque, además, a pesar de toda la nebulosa que envuelve la lucha interna de los socialistas, el desenlace de este Congreso Extraordinario va a ser bastante clarificador para la vida política del país.

La primera repercusión es que va a contribuir extraordinariamente a consolidar el actual proceso democrático. El alivio generalizado, la alegría apenas refrendada de la derecha y el sintomático silencio de los medios de comunicación ante una ponencia marxista radical, expresan la satisfacción por la "reñtrée" de Felipe González. Desde el primer momento de la transición, el sueño restaurador de la derecha ha consistido en el dúo Adolfo Cánovas-Felipe Sagasta como principales actores de lo que no debe de ir más allá de un juego político con fachada democrática. No obstante, esta exaltación perderá grados cuando constaten que la socialdemocracia —o como dicen sus partidarios, el socialismo democrático—

es también una fuerza de izquierda y que en absoluto es homogénea o uniforme.

La segunda y tercera consecuencia afectan tanto al espacio político de la derecha como de la izquierda. El sustantivo centrista con el que se adorna el partido gubernamental va a ir perdiendo cada vez más su ya muy deteriorado valor político ante el empuje moderado de los socialistas, que van a penetrar en el electorado de UCD como una alternativa de izquierda digerible por el sistema. A la vez, a partir de este mes, el panorama de la izquierda va a estar netamente perfilado y diferencia-



Francisco Bustelo, el hombre de mayo.

do: un partido no marxista que asume el marxismo (PSOE), un partido marxista (PCE) y los extraparlamentarios.

Aunque de momento, y esta es la cuarta y principal repercusión, lo que acaba de suceder en el seno del PSOE es bastante discutible si va a ser o no beneficioso para el socialismo —depende del ángulo de mira marxista o socialdemócrata—, pero sí va a ser tremendamente perjudicial para la izquierda. Con la derrota de los marxistas hay algo que queda bastante claro: la imposibilidad de una estrategia democratizadora que partiendo de la unidad de la izquierda pudiera imponer una política democrática de amplia base con el apoyo de una parte de la derecha.

Una vacante en la izquierda

Simultáneamente, todas estas repercusiones, sobre todo la doble clarificación política a la que antes aludíamos, va a dejar un importante vacío electoral en el campo de la izquierda: la porción del electorado marxista que no sólo asume el marxismo, sino que se autodefine como tal. Baste tan sólo indicar un muy numeroso grupo de votos sindicales de CC. OO., que en las dos elecciones generales ha doblado su voto político en beneficio del PSOE, para comprender la importancia del vacío al que nos referimos.

Primer beneficiario de esta vacante, producida por perder por la izquierda lo que se gana por la derecha, va a ser el Partido Comunista de España. Ya señalaba la semana pasada su principal líder que a los comunistas no les asustaba tener todo el peso de la oposición sobre sus espaldas, para constatar que el PCE va a entrar en el mercado electoral socialista. Máxime cuando, como consecuencia de la testarudez de la realidad, el PCE empieza a recuperar su carácter de partido obrero reivindicativo y combativo. El discurso de Santiago Carrillo en la Casa de Campo, quizá el más importante desde que regresó del exilio, es todo un síntoma de por dónde van a ir los tiros en esta dirección.

Aún es muy pronto para saber si vamos a encaminarnos hacia el modelo italiano: gradual difuminación del socialismo paralela a un reforzamiento de la derecha y a un crecimiento continuado y lento del Partido Comunista. Pero en absoluto es prematuro señalar que este Congreso Extraordinario pone las primeras piedras para empujar este camino. Porque no es nada aventurado afirmar que lo sucedido este fin de semana puede beneficiar a los socialdemócratas a medio plazo, pero es un hecho que a corto beneficia a la derecha y a largo a los comunistas. La apuesta de Felipe González es sumamente arriesgada. Pero de momento puede cantar victoria. ■ F. L. A. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.